

[*Teatro*] «DANZA DE AUSENCIAS»*Misterios de la muerte*

Autor, escenógrafo y director: Jesús Campos./ Intérpretes: Claudia Gravi, José Lifante, Mario Vedoya, Maite Brick, Teresa Vallejo, Goyo Pastor y Francisco Pacheco./ Escenario: Museo del Ferrocarril./ Festival de Otoño.

★★★★

JAVIER VILLAN

MADRID.— Entre la cotidianeidad y la fantasía; entre lo policiaco y lo evidente; presencia de la muerte: inexorable. Lo que importa sobre todo, en este peregrinaje por múltiples escenarios, un paseo insólito y macabro, es la relación que los protagonistas de cada pieza establecen con una realidad difusa y aparente. Que la muerte está detrás de ellos, y de todo lo que les rodea, es previsible a partir del esquema establecido en la primera danza; el brazo armado de pistola, tras el sillón, es de una enorme eficacia teatral. Este gesto inesperado cierra una pieza corta modélica. Como modélica es la interpretación de Claudia Gravi, dando consistencia y matices a la fragilidad moral y humana de su personaje.

Jesús Campos hace un alarde verdadero de construcción teatral en las distintas *danzas*: gradación muy firme y muy segura de las tramas, ritmo sostenido del relato, adecuación de cada escenario al argumento y solidez estructural de los monólogos. En realidad no se trata de monólogos, sino de diálogos con infinitos silencios por respuesta. Monólogos proyectados hacia un interlocutor visible o invisible, pero mudo. Salvo un perro

o un teléfono harto elocuentes.

El engarce entre danza y danza es una procesión guiada por la muerte y un simulacro de Santa Compañía, la dama de la guadaña, evocación medievalista de la pos-trimería inevitable.

Cuatro escenarios: un salón de mesa camilla, un parque, un despacho. Y un espacio abierto, de inusual y blanquísima belleza. Contrasta el sentido fantasmal y misterioso de este palacio sin paredes, y sus enigmáticos habitantes *dentro* expuestos a todas las miradas, con el convencionalismo del primer escenario. Y el espacio abierto del parque recién llovido, con el frío geometrismo de un despacho en el que un presunto y alto ejecutivo toma decisiones que están fuera de su alcance.

En todos, la irrealidad; cada protagonista se inventa un mundo ajeno que no le pertenece. Recuerdos falsos, memoria evanescente, en *Danza para violín y revólver* (Claudia Gravi); una vida familiar más que inexistente, endemoniada, un parque con un perro y un viejo abandonado. (*Danza de la muerte*). Conmover José Lifante; un poder falso y agotador espléndidamente personificado por Mario Vedoya en *Danza de la chatarra*. Y una tejedora de sueños y vacíos, Penélope de la Piedra, declamatoria y grandilocuente (Maite Brick) en *Danza de la última pirámide*. Este último, acaso, el más fascinante de los episodios.

No se distingue el Festival de Otoño por su atención a autores españoles. Mas para una vez que se fija en uno, ha acertado. A ver si cunde el ejemplo.